

CORREO DE XEREZ

DEL JUEVES 28 DE ENERO.

DE 1802.

SEÑOR DON JOSEPH

de la Barreda.

Muy Señor mio: complácido de haber visto repetidamente los trabajos literarios en que V. se exercita en honesta y provechosa ocupacion, así de los vecinos de esa Ciudad como de los demas á á cuya manos llegue el Periódico, he subscripto á él gustoso. La ilustracion que recibirán los lectores se recomienda por sí misma: debería excusar el tomar en boca la apología del mérito que V. contrae; mi carrerano me conduce á formar discursos filosóficos sobre la utilidad, y aun necesidad de los Periódicos, mas no estoy tan ageno de luces y de conocimiento que no haya formado un concepto ventajosísimo de su importancia: toda la dificultad en mí entender está en la eleccion de las materias, en evitar las que producen quëstiones sistematicas, y personalidades, en excitar los talentos para que comuniquen sus luces en aumento del instituto y objeto del Periódico

102 107 (111. m. 11)

dico, y en hacer finalmente comunicables muchos discursos, trazos de historia, observaciones naturales y experiencias de los varios ramos científicos que producen la felicidad de los hombres en las varias y diversas ocupaciones á que se dedican por su bien, y el de sus semejantes, Yo me persuado de que V. tiene muy hecha carne y sangre estas ideas, que sabe profundamente que las ciencias no se adquieren preeipitada y tumultuariamente; que muchos de los hombres con cierta destemplanza de querer saberlo todo, se abrazan con todas las ciencias y nunca poseen alguna; que semejantes hombres estiman mas saber algo en muchos ramos, que poseer profunda y seguramente el conocimiento de uno solo; que aperecen acinar retazos de ciencias mas que saber completamente en una sola; que ellos hallan materia en qualquier libro que leen, pero son los autores de su mismo engaño, y al cayo de largos años no pueden menos que convencerse de sus crasas ignorancias. Para estos convendrá V. conmigo en que los Periódicos son perjudiciales, porque de una parte no les aprovechan si no en quanto se arman para seguir el entusiasmo de su afectada ciencia, de algunos pensamientos ó discursos que lee en tales papeles sin sondear su valor, ni tocar de lleno en la estimacion que merecen, y de otra parte suelen declararse émulos y perseguidores de los que publican los Periódicos, insultándoles con toda la acrimonia y amargura que infunde la vanidad de los semisabios. Así pues, ni escriba V. para unos hombres tan despreciables, ni

ni haga alto en sus necios acometimientos, si alguna vez le tocase la suerte de tropezar con uno ó alguno de ellos. Yo oí una vez hablando dos literatos de esta materia, que las ciencias tenian dos extremos que se tocaban y correspondian: el primero era la ignorancia puramente natural en que nacen todos los hombres; el otro extremo era el de á donde llegaban todos los hombres sábios, almas grandes, quienes despues de haber estudiado detenidamente quanto el hombre es capaz de aprender y saber, convenian en que nada sabian, y les parecia hallarse en aquel primero término ó extremo de la ignorancia natural de donde habian partido en su carrera literaria: añadian que habia un género medio de sábios, quienes habiendo sacudido la ignorancia natural, se habian quedado muy distantes del extremo de la sabiduría de los verdaderos sábios; que este género ó linage de semisábios son los que alborotan al mundo, y se hacen de propia autoridad los censores amartelados de los verdaderos sábios; pero que á pesar de todo esto serán siempre apreciados, y respetados mientras que aquellos serán el objeto del desprecio del universo. Continúe V. pues, como verdadero sabio las carrera de sus trabajos literarios, sin entnderse con los estorbos de la envidia, y de la ignorancia.

No dudará V. tampoco que uno de los principales objetos de los Periódicos es el inspirar las buenas costumbres así con las observaciones y reflexiones de una sana filosofía, como con la comprobacion de varios hechos memorables de la his-

toria que dan un brillante exemplo de virtud y de beneficencia. Estos medios bien usados por la eleccion de las materias, hacen que los hombres entren á consejo con su corazon, y al paso que corrijan y moderen sus pasiones, emulen las virtudes de aquellos otros hombres que se dieron al mundo en espectáculo de honor y de honestidad; es muy necesario pues, contar con el remedio duleificado de los males de que adolece la sociedad generalmente porque es indudable, que la mayor parte de los hombres están muy poco dispuestos á dár á sus semejantes lo que les es debido; y al mismo tiempo severamente exáctos en exigir lo que ellos creen que se les debe; que es desconocida la fidelidad; que los hombres unos están enteramente corrompidos, otros muy propensos y cercanos á la corrupcion; y que por tanto es muy necesario usar mañosamente del auxilio de los Periódicos para sembrar en ellos máximas de virtud y de sana moral; que aprovechen aquellos que ó no tienen proporcion, ó tienen demasiada pereza en tomar instrucciones completas para formarse dignos del aprecio de los demas hombres. Trabaje V. pues, á este utilísimo intento, y no dude de reportar los frutos mas preciosos y estimables.

Me hago cargo tambien de lo penoso del trabajo literario, y no pnedo menos para recomendarlo por las ideas que me hizo formar de él un Folleto que leí por casualidad años pasados, de trasladar aquí algo de lo que allí se decia, cotejando el trabajo corporal de los que se emplean en las faenas de la agricultura y de las artes,

con

con el del entendimiento de los que están dedicados á las ciencias. Permítame V. que le hable en boca de otro, ya que como senté al principio, mi carrera no me condujo á analizar las ciencias: el arte de la guerra ocupó la mayor parte de mi vida; leí entre tanto algunos libros de política, de economía y de historia por entretenimiento, alguna cosa se me habia pegado, pero no por eso presumo de saber.

Vuelvo pues, á la comparacion de los trabajos del cuerpo y del espíritu. Decia aquel Folleto: esa multitud de gente que mantiene su vida con el trabajo corporal, y que comen con el sudor el pan, llaman pereza á la inaccion, y no pueden concebir, como ha de estar fatigado el hombre que por espacio de muchas horas ha estado amarrado á un bufete ojeando frecuentemente un libro, y haciendo sobre el menudas, exactas y muy detenidas reflexiones. ¿Qué se sigue de aquí? que aquellos embidian la suerte de estos hombres sedentarios, ó que los desprecian porque les parece que disfrutan de las comodidades de la vida por un favor particular de la fortuna, ó que por lo ménos están entregados á una perniciososa ociosidad.

Pero sin embargo, es constante que como los trabajos del entendimiento ejercitan y mortifican las fuerzas del cuerpo, la fatiga que produce el estudio no es menor que la que causa la ocupacion en el campo ó en las artes. Aunque el trabajo del entendimiento fatigue las fuerzas del cuerpo, son muy diferentes los efectos que resultan

tan. El ejercicio del cuerpo dá salud, vigor, alegría, buen apetito y sueño tranquilo; pero del trabajo del entendimiento se producen las indisposiciones en la salud, que melancolizan y abrevian la vida, perturbán el descanso, hacen nacer el disgusto, y producen un desfallecimiento continuo y un mal humor, cuya causa parece que se ignora.

De aquí resulta también, que la disposición del alma no asegura siempre un suceso feliz en los trabajos literarios, porque quando aquella no está en tono, es inútil la mas exquisita aplicación. Sucede frecuentemente á un escritor que por la mañana se sintió exáltada la imaginación de un millón de ideas brillantes sobre la materia en que medita, pero por la tarde todo lo que habia li-songeado sus conceptos ofende su buen juicio, y halla que ha perdido todo el día en un sueño agradable, que ha reunido una multitud de figuras hermosas, que no puede juntar sin riesgo de que le resulte una horrorosa monstruosidad: no así el labrador y el artesano, pues aun quando se les resista el trabajo de las manos, quando por fuerza de la necesidad se abrazan á él, sobrepujan toda dificultad, y sus obras toman toda la perfección que les conviene, sin que se conozca la repugnancia momentánea y pasagera que no hizo otra cosa que dilatar su ejecución.

Hállase también la diferencia en la recompensa del uno y otro trabajo; el labrador y el artesano reciben proporcionadamente el premio y valor de sus obras casi siempre á medida de su de-

207
deseo; pero el escritor despues de un trabajo im-
probo de muchos años, está expuesto á quedar
sin recompensa, ó porque el público no está dis-
puesto á juzgar justamente de su mérito, ó por-
que él no tuvo la fortuna de agradar al público.

No obstante todo esto, el sabio embebido en
sus trabajos no cuida siquiera de su subsistencia:
él no sabe que vive, sino porque se lo acuerdan
las necesidades de la vida; el dia semejante á la
noche que se pasa en el sueño, no es para él si
no un momento, á causa de la entera aplicacion
que pone en el objeto de que se ocupa su alma;
fuera de la vista de los hombres, y fuera de sí
mismo no se entiende si no con la meditacion, y
y averiguacion de las verdades que busca para bien
de los hombres, á quienes es deudor por los ta-
lentos que le prodigó la providencia. Dichosos
los sábios, concluye, regeneradores de la hu-
manidad.

Dichoso V. tambien por el mismo concepto que
está dedicado á iluminarnos en correspondencia de
la deuda comun de la sociedad y del respeto que
le tenemos.

Á concluir iba esta carta, que no quisiera le
fuese á V. fastidiosa, quando un amigo mio ente-
rado de ella me ha ofrecido un papelito volante
para que V. lo inserte en su Periódico, si lo ha-
llase digno: me dice que es un entretenimiento fi-
losófico á que no quiere dar mas mérito que la
buena voluntad con que lo entregará: lo incluiré
si llega á tiempo. Repito á V. mis deseos de com-
pla-

placerle, y ruego á Dios Guarde su vida muchos años.

Madrid 8 de Enero de 1802.

El Marqués de la Candía.

Jáctate ya Xerez de tu ventura,
 Tu Juez te enseña, quiere tu fomento,
 Quiere fertilizar tu entendimiento,
 Y amenizarte en la literatura,
 El Marqués mismo escribe : ya has leído,
 que respeta la ciencia y la cultiva,
 Así su afan será de que reviva
 La ilustración que tanto ha decaído.
 Apetecer debemos su llegada,
 Se premiará el talento con usura,
 Brillará mas la noble Agricultura,
 La industria se verá mas animada,
 Será el Padre del hombre laborioso,
 El castigo del hombre abandonado,
 Dará premios á todo aventajado,
 Al que se distinguiese virtuoso.
 Has de ver en un todo mejorado,
 El bien del Pueblo que ancian su venida,
 El pobre encontrará grande acogida,
 En Padre tan benigno, é ilustrado :
 Así pues, lograrás ver renacida
 La fama de tu ser tan antiquado,
 El timbre de este suelo tan realzado
 De esta Ciudad tan noble y distinguida.

El Editor.